

XXI

- Pues sí, Luis, así me lo refirieron la otra tarde, por mucho que te choque y extrañe
- Pero es que no puede ser, al menos como tú lo cuentas...
- Mira, es posible que se me escape alguna cosa porque, como es lógico, ni estaba ni conozco el tema, pero por quien me lo contaba y ante quienes estaban delante debo pensar que así era. Con todo, estoy dispuesto a rectificar lo necesario, siempre que el núcleo del asunto, que es lo importante, se mantenga.

Estas palabras las intercambiábamos Luis y yo mismo a la altura de La Solana, en dirección a la Rambla de Albalat.



El caso es que habíamos salido del pueblo para visitar el pozo abrevadero de Albalat del que Luis no recordaba ni su existencia ni ubicación y, lógicamente, menos todavía su imagen. Durante el trayecto habíamos ido haciendo referencias a la tradición ganadera enguerina, de la importancia que tuvo en el desarrollo de la industria pañera, así como de las principales características de aquella actividad relativa a la ganadería de engorde.

Lo curioso del caso es que, previamente a cruzar la conexión de los barrancos de La Mota y el del Corcot, nos encontramos ambos dos envueltos por una enorme cantidad de rumiantes – ovejas y cabras– conducidas por un solo pastor y una manada de perros de tipologías diferentes.

Ello fue la excusa para que le contara la conversación que tuvo lugar ante mí, hacía unos pocos días, mientras me acercaba a visitar a una vieja amiga intervenida quirúrgicamente.

La conversación se inició sobre los temas derivados de los *pebrazos*, aunque mejor sería referirla a las licencias para ir a buscarlos.

- Pero... ¿esos papeles no serán necesarios para nosotros? –preguntó incrédulo uno de los presentes
- Sí hombre, sí... a los del lugar no nos cuestan *nà*, pero hay que ir y sacarlos.

Y tratando de incordiar, que no otra cosa, hice referencia a las guías de los primeros años del franquismo. Todos asintieron con la cabeza. Bueno, todos menos uno que, por su calidad de nuevo vecino, no entendió mi ironía como el resto de contertulios.

De nuevo volví a centrar el tema, tratando de que todos estuviéramos y participáramos de la conversación. Y, como no podía ser de otra manera, allí fue apareciendo el estraperlo, los *puretes*, los cupos... *ché*, ¡todo lo de aquella época del racionamiento!, así como alguna referencia a los diferentes posicionamientos de las fuerzas conocidas como “orden público”.

Y, en tal contexto, fue cuando Miguelico, sin levantar la vista del suelo como le es común y con ese hablar entre socarrón y malicioso de algunas personas, añadió:

- Ya... pero no a *tos* les fue por igual, que también hubieron quienes sacaron buena baza...

Como nadie sabía a qué hacía referencia, se produjo un silencio similar al que Pepe Ciges describió en su pasaje “Ha pasado un ángel” sobre una noche de agosto en la plaza de la fuente bien que, en esta ocasión, fue inodoro el paso del tiempo.

Y como la *pasáica* de ángel se hacía eterna, le pregunté:

- Miguelico, o te explicas para que te entendamos o te callas...

Miguelico, sin ampararse ni a Dios ni al diablo y poniendo en su boca los nombres, perdón: los apodos, de quienes intervenían en su relato, comenzó de esta guisa.

- Pues sí. Yo trabajaba entonces *pa* tu tío –dijo refiriéndose a mí–. Habíamos estado toda la semana *arrecojiendo* olivas en Faracuat. Cada día se llevaban a la caseta las que arreplegábamos y, cuando había carro, entonces las abajábamos al lugar...

Tras una profunda inhalación al cigarro que sostenía entre sus dedos y echar una bocanada de humo...

- Ricardo, el *Isidro*, iba delante con la bicicleta... por si había algún control. Aquellas olivas no iban a la *armácer*a, sino que tenían que venir esa misma noche *pa* llevárselas unos de Montesa... –nueva pausa, ahora sin chupada al cigarro, pero tratando de dar la importancia que para él merecía lo que nos estaba relatando–... A la altura del kilómetro uno aparece el Isidro *dijendo* que en el cruce estaba la pareja... Pos bien, prosiguió, por el camino que había entonces a la *isquierda* arreamos, dejando la carretera, *pa* salir a la carrasca de Piqueras. Ya en el Camino Viejo descargamos y amagamos una tira de sacos, y vamos llenar bien *atabicau* el carro con coles.
- Arreamos *pa'l* lugar –prosiguió tras una significativa pausa con chupada al cigarro incluida–. En la Oliveta estaba la pareja de la Guardia Civil. Uno de los *ceviles* se acercó y, entre que era oscuro además que el carro llevaba los laterales de madera, no sospechó y nos dejó pasar... Ahora,... –concluyó– esas olivas ya no estaban en Engra cuando ese *mirmo* día va salir el sol...
- Pues sí, cosas de esas pasaban *deseguido* –remató Ciriaco, que contó su propia vivencia, ésta con mayor enjundia si cabe–. *Toeso* entraba en el ambiente... lo que ya no era tan normal era lo que los que, montaos a caballo del *machet*, robaban bajo la capa del pueblo...



- ¿Qué quieres decir tú, Ciriaco? Aquí o somos hombres para todo, como acaba de hacerlo Miguelico poniendo nombres a las personas o mejor nos callamos que pa política ya están los de siempre, no nos engañemos –le corté abusando de mi posición. Tras mirar una a una las caras de los presentes, Ciriaco no tuvo más remedio que iniciar su relato dando pelos y señales; así que inició:

- Yo era un *moñaco*, pero los otros que estaban ya eran bien majos unos y otros hombres *casaus*... –Tras una pausa esperando la aceptación de los presentes, dado que había puesto nombres y apodos a los actores, prosiguió al notar la aquiescencia a los derroteros de su intervención–. Era en lo que es parte del corral



de Carcelén, que por entonces era del tío Trabuc, y *s'en* van presentar en nombre del pueblo, *pa* requisa de varios *choticos*, *Ricardet* y su primo el Seco... –Como Ciriaco no quería ser menos que Miguelico también se tomó un largo respiro en su relato, aunque ya no era necesario esperar la aprobación de la concurrencia–.

- Los hijos del tío *Pelao* van entrar con ellos y, cuando entre unos y otros ya habían hecho la carga, se va presentar el tío Antonico quien, haciendo alarde de *l'astral* que llevaba en la correa del pantalón, va y *lis* dice:
 - ¡*Ya'stais* dejando *lxos choticos* en su sitio!
 - *Ché*, Antonico, que ya sabes que son *pa* los pobretes del pueblo...
 - *Pa* los *pobretes* o *pa* los *aprovechous*, tajo sinvergüenzas...
 - Mira que...
 - Lo que hago es mirar por los pobretes *choticos* que no tienen ninguna culpa de que a vosotros *us haigan* parido tan *desalmaus*...

Les decía mientras enarbolaba *l'astaral* sacada del cinto...

Y concluyó Ciriaco su propio relato estableciendo:

- Lo impresionante es que, después de *tò*, nadie fuera a por el tío Antonico... Claro, que de haber sido cierto que los *choticos* eran *p'al* pueblo... el tío Antonico tendría *qu'haberlo pasau* bien mal... Y nadie le va buscar las cosquillas... Luego también había quien *s'aprovechó* de aquellas *circustancias* y miedos de la gente... ¡Digo yo!
- Bueno, pues por los detalles que narraron, bien debió ser cierto aunque, ya se sabe, a rio revuelto... –dictaminó Luis, algo molesto por las historias, para espetarme:
- Y mira que *tó* te lo tienen que contar a tú...

Por la Transcripción
José Cerdá Aparicio